

The image features a dark blue silhouette of a cathedral's architectural elements against a white background. On the left, a large dome is partially visible. A horizontal line of various spires and towers spans across the middle of the page. Below this line, there are several white, stylized arch-like shapes. The text is centered in the upper half of the page.

PLAN PASTORAL DIOCESANO 2011-2012 LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Diócesis de Asidonia - Jerez

Jerez 2011-2012



PLAN PASTORAL DIOCESANO 2011–12

¡Ay de mí si no evangelizara! (1 Cor 9,16)

Introducción

“Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe” (Col 1,23) este texto de la Escritura servía de lema al curso pastoral del año pasado dedicado principalmente a analizar la situación de la fe entre los jóvenes y a proponer iniciativas pastorales en ese campo. Así nos preparábamos y disponíamos la vida diocesana, no solamente en lo que se refiere a la pastoral con los jóvenes, a participar en la Jornada Mundial de la Juventud que se celebró el pasado mes de agosto en Madrid. A ello ayudó la presencia entre nosotros de la Cruz y del Icono de la JMJ, así como todas las actividades diocesanas y parroquiales que se llevaron a cabo con este motivo. Lógicamente, la idea no era únicamente la de fomentar la presencia de peregrinos para el encuentro con el Papa, sino la de valernos de ese acontecimiento eclesial para estimular un campo pastoral como es el de los jóvenes que exige de parte de la Iglesia una respuesta decidida y renovada.

No cabe duda que los frutos de la JMJ han superado las expectativas que muchos habían depositado en ella. Se ha demostrado claramente que aquella afirmación que el Papa había repetido varias veces desde el inicio de su pontificado de que la Iglesia es joven y está llena de vida no era un ejercicio de optimismo o de voluntarismo, sino que se correspondía con la realidad. Frente a la imagen de una institución obsoleta, envejecida,

incapaz de ofrecer ningún mensaje nuevo e ilusionante a los jóvenes, la fuerza de los hechos mostró que, gracias a Dios, son muchos los jóvenes que viven gozosamente su existencia en el seno de la Iglesia sin por ello renunciar a su condición juvenil sino todo lo contrario. Lejos de amortiguar las energías propias de la juventud, las palabras del Papa dirigidas no a halagarlos ni a justificarlos, sino a espolearlos y lanzarlos a un horizonte más grande y más noble, han sido capaces de sacar lo mejor de quienes por su edad se sienten llamados a grandes ideales que llenen su vida.

Una vez terminado este acontecimiento que nos ha de mover a dar gracias a Dios por todos los dones recibidos, una pregunta se impone de cara a nuestra tarea pastoral: “¿Y ahora qué?”. La respuesta nos la dio el propio Benedicto XVI en una de las últimas palabras pronunciadas entre nosotros, en la homilía de la Eucaristía de Cuatro Vientos. Una indicación que nos puede muy bien servir de inspiración para el Plan Pastoral del curso que ahora comenzamos: “No se puede encontrar a Cristo y no darlo a los demás. Por tanto, no os guardéis a Cristo para vosotros mismos”. Durante todos esos días el Papa había invitado a los jóvenes a redescubrir a Cristo, a encontrarse con Él. Al final de la Jornada nos propone el siguiente paso que es inseparable de dicho encuentro: dar a Cristo con la misma gratuidad con la que lo hemos recibido. Una palabra dirigida, por cierto, no solamente a los jóvenes, sino a toda la Iglesia y que está en relación directa con la prioridad absoluta que el Papa propone a la Iglesia no solamente para el curso que ahora comienza, sino de cara al futuro inmediato: la Nueva Evangelización.

Hacia este objetivo apuntan sus iniciativas más recientes como la creación del nuevo Dicasterio para la Nueva Evangelización así como la convocación de XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos sobre el tema *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana* que tendrá lugar de los días 7 al 28 de octubre de 2012. En correspondencia con esta intención de la Iglesia universal dedicaremos este año y, con toda seguridad, los venideros a tratar de llevar a la práctica en la vida concreta de la Diócesis algunas de las propuestas aparecidas en los textos eclesiales sobre la Nueva Evangelización tales como las *Lineamenta* presinodales en los que nos hemos basado para elaborar el Cuestionario Preliminar con el que ha iniciado la tarea pastoral de este año.

I. Una mirada al mundo y a la Iglesia de hoy desde el Evangelio

Comencemos haciendo un análisis, aunque sea somero, de la situación, en la que nos encontramos en el momento presente que nos pueda ayudar al discernimiento. No cabe duda de que la sociedad española ha sufrido una serie de cambios en un plazo muy corto de tiempo. Se ha pasado de una situación de cristiandad en la que lo cristiano era absolutamente preponderante en todos los órdenes de la vida social a otra en la que la fe cristiana ha ido perdiendo primero su hegemonía, para luego ir diluyéndose poco a poco como referente moral.

Esta pérdida de peso cultural de la fe cristiana en la sociedad española ha traído como resultado el abandono de muchos de la vida de la Iglesia. Esto no deja de ser indicativo de cuánto de catolicismo formal se ocultaba bajo la aparente situación de cristianismo generalizado que mostraba la confesionalidad oficial. En este sentido bien puede afirmarse que se está produciendo un proceso, si no de purificación, sí al menos de clarificación en el seno de la Iglesia.

1. Un discernimiento inicial

Este fenómeno respondería, tomando palabras de Benedicto XVI en la Universidad romana de la *Sapienza*, a una “sana laicidad”, fruto de la deseable autonomía, más que separación, que debe darse entre Iglesia y Estado bendecida claramente en los documentos del Concilio Vaticano II. No obstante, en los últimos años, esto ha venido derivando en un indeseable proceso de laicismo radical que, desde diferentes ámbitos, pretende arrinconar la propuesta cristiana al ámbito de lo privado, sustrayendo de las familias su derecho exclusivo a la opción educativa y religiosa. Incluso el Estado en el ámbito de lo público o los medios de comunicación en el de lo privado parecen querer erigirse en auténticos tutores de la sociedad determinando qué valores han de ser propuestos y potenciados y cuáles rechazados y eliminados.

A ello se añade la práctica ausencia de una fundamentación objetiva y racional de dichas propuestas que tiene que ver con esa especie de ocaso de la racionalidad que padece la sociedad postmoderna y de la que se ha hecho eco el propio Benedicto XVI. Se busca una especie de consenso social y democrático en lo moral y en lo cultural que no es ingenuo ni imparcial sino que se orienta y se promueve hacia unas determinadas coordenadas movidas por motivos que, siendo desconocidos, no parecen

ajenos a conveniencias ideológicas e incluso a intereses económicos. Sin que podamos hablar de una persecución formal contra la Iglesia o contra lo cristiano, lo cierto es que el mensaje cristiano por su tradición y relevancia social en occidente, por su autoridad moral y por su consistencia institucional, parece ser vista como el mayor obstáculo por quienes quieren establecer un nuevo modelo de hombre y de sociedad.

Estas circunstancias, algunas espontáneas y otras inducidas, van dando lugar a la “silenciosa apostasía” de la que se habla en el documento *Ecclesia in Europa*. Está claro que a la Iglesia cada vez le cuesta más no sólo el cumplir su función de madre y maestra en la fe, esto es engendrar y dar a luz a nuevos cristianos, sino además retener en su seno a los que ya lo son aunque sea de manera precaria. Desde hace algunos años se advertía de las dificultades que tenía la Iglesia para transmitir la fe en el ámbito que le es propio, en la familia. Hoy bien puede decirse, de una manera general, que esta cadena de la transmisión de la fe, se ha roto y la familia, que en lugar de ser protegida, ha sufrido un castigo en ocasiones frontal, sólo con grandes dificultades y muy minoritariamente, cumple con su misión evangelizadora como “Iglesia doméstica”.

En este punto de la reflexión, cuando constatamos que hay una quiebra en el proceso de la transmisión de la fe de la Iglesia que, como se ha dicho compete y corresponde mayormente a la familia, nuestra mirada parece encaminarse naturalmente hacia el proceso de la iniciación cristiana. Sin embargo, el Papa nos invita a volver a la experiencia de fe original de la comunidad cristiana, esto es, a retornar a las fuentes de la vida de la Iglesia. Quizá hemos dedicado un esfuerzo generoso, y laudable sin duda, a perfeccionar la catequesis en sus métodos y contenidos, en sus etapas y en la formación de los agentes, pero quizá hemos olvidado o al menos no se ha hecho suficiente hincapié en cuidar el momento previo y fundante de la fe, esto es la evangelización, el anuncio primero y kerigmático de la salvación.

Es posible que en otros tiempos cuando la cultura era “naturalmente” cristiana bastaba con la catequesis parroquial, escolar y familiar para garantizar la instrucción e iniciación en la fe de los mayores. La situación hoy es muy distinta, es la de una sociedad claramente postcristiana en la que la fe no puede ya suponerse y donde las claves de interpretación culturales cristianas están cada vez más ausentes. Hoy no basta con instruir, formar, catequizar, sino que junto a ello, se hace preciso, más bien urgente,

anunciar y testimoniar de modo que más que comunicar conocimientos de fe, estamos llamados a contagiar una experiencia que dé respuesta a los interrogantes no solamente racionales sino también existenciales del hombre actual.

Se trata, en una palabra, de llevar a cabo la obra de la evangelización, término que, como bien sabían los cristianos de la primera hora y los misioneros de todos los tiempos precede a la iniciación cristiana y no puede suponer una fe ni siquiera incipiente e incompleta. No hablamos, pues de una actividad nueva en la Iglesia ni la constatación de que hasta ahora no se ha llevado a cabo o se ha hecho deficientemente. Basta con mirar la historia de la Iglesia o al momento presente en muchos lugares, instituciones o personas para descubrir que el evangelio sigue difundándose por la acción del Espíritu Santo. Más bien se trata de extender a toda la Iglesia este celo apostólico, esta urgencia por llevar el evangelio no solamente a lugares donde nunca ha sido anunciado, sino a aquellos otros donde habiendo dado muchos frutos ahora ha quedado olvidado, o ha sido acallado. Justamente a ello se refiere la Iglesia cuando, por boca de los últimos pontífices habla de Nueva Evangelización, una expresión que aunque usada por vez primera por el Beato Juan Pablo II, no surge de la nada, sino que recoge una iniciativa ya presente desde los tiempos del Concilio Vaticano II. Así, en la génesis de lo que ha dado lugar a la expresión Nueva Evangelización podemos señalar varias momentos o etapas importantes:

El Concilio Vaticano II (1965) al hablar de la Iglesia, distingue, sin separar, entre su ser –*Lumen Gentium*– y su hacer –*Gaudium et spes*–. De ese modo se recuerda cual es la tarea de la Iglesia en el mundo sacándola de un cierto repliegue sobre sí misma. De entre los acentos que pone el Concilio en el tema de la evangelización podrían destacarse estos tres: la coherencia entre la fe y la vida cristianas, la recuperación de la corresponsabilidad de los laicos en la misión de la Iglesia, que con el tiempo dará lugar al documento *Christifideles laici* (1987), y el diálogo con el mundo para presentar la propuesta cristiana de siempre de modo que sea comprensible a las exigencias y formas de vida del mundo presente.

La exhortación *Evangelii Nuntiandi* (1975) de Pablo VI invita a la Iglesia a ser comunidad a la vez evangelizada y evangelizadora, uniendo la experiencia universal de la misión a la personal de la conversión para un mundo que, como recuerda el texto, atiende a los testigos más que a los

maestros o que si escucha a los maestros es porque son testigos. Se pide, por tanto, a los apóstoles el que sean antes discípulos para de esta forma dar un testimonio fundado en la propia experiencia de conversión con Dios y de comunión en el seno de la Iglesia.

El Documento de Puebla (1979), dirigido por Juan Pablo II al Episcopado Latinoamericano, se considera el primero en utilizar el término *Nueva Evangelización* para referirse a la necesidad de llevar el evangelio a zonas y poblaciones ya cristianizadas. Novedad que, como el propio Papa más tarde explicará consiste en un nuevo ardor evangelizador, nuevos métodos de evangelización y nuevas expresiones que actualicen el evangelio de Cristo que ha de ser siempre el mismo.

La encíclica *Redemptoris Missio* (1990), como indica su nombre, aporta otro elemento esencial en la misión de la Iglesia como es la de centralidad de Jesucristo. La misión evangelizadora de la Iglesia es misión de Cristo porque de Él depende, de la fuerza de su Espíritu, la eficacia del Evangelio pero además porque en conocerle a Él, en participar de su vida y de su amor consiste la Buena Noticia. La Iglesia no se anuncia a sí misma, ni tampoco una serie de valores o proyectos humanos, ni siquiera un indefinido Reino de Dios, sino que está llamada a anunciar a Jesucristo, Cabeza de la Iglesia, contenido del Reino, revelación de Dios y respuesta última para el misterio del hombre.

La encíclica *Novo Millennio Ineunte* (2001) justo atravesado el umbral del tercer milenio del cristianismo, en la que Juan Pablo II, a partir de la expresión evangélica *Duc in altum*, invita a ir a la vez hacia adentro y hacia adelante. El nuevo milenio, más allá de una mera efemérides histórica, es un signo de los tiempos, una invitación a ir a las fuentes de la fe, a situar como aquellos primeros pescadores de hombres, la tarea evangelizadora en las honduras de la fe, en la amistad y comunión con Dios. Se trata de empezar de nuevo mirando el horizonte del nuevo milenio como una oportunidad de renovación personal y eclesial.

La exhortación *Verbum Domini* (2010) de Benedicto XVI insiste en la llamada de Juan Pablo II de la Nueva Evangelización cuyo primer momento, como se indicaba en *Deus Caritas est* no consiste en la “adhesión a un conjunto de verdades o en el cumplimiento de una serie de preceptos” sino “en una experiencia de encuentro personal con Cristo que

transforma la vida y le otorga un horizonte que de lo inmediato le abre a la eternidad” [DCE 2]. La escucha y profundización de la Palabra oral o escrita permite el encuentro con la Palabra hecha carne y se convierte así en palabra personal anunciada y testimoniada de Jesucristo, que no viene a quitar nada al ser humano, sino todo lo contrario, a dárselo todo.

- ¿Cómo ha calado la urgencia de llevar a cabo una nueva evangelización en nuestras parroquias y comunidades eclesiales?
- ¿Qué acciones pastorales han sido útiles y eficaces en relación a la evangelización? ¿Cuáles han sido ineficaces e incluso contraproducentes?
- ¿Cuáles son las mayores resistencias u obstáculos a la tarea de la evangelización?

2. Seis nuevos escenarios y desafíos

Los *Lineamenta* del próximo Sínodo sobre la Nueva Evangelización señalan seis nuevos escenarios y desafíos de cara a la tarea evangelizadora que, aunque se refieren a la Iglesia universal en su conjunto, son perfectamente aplicables a la situación social y cultural de nuestra Diócesis. Constituyen de hecho el contexto social, cultural, económico, político, mediático y religioso en el que nos encontramos y dado el fenómeno cada vez mayor de la globalización alcanza, con acentos diversos, a cualquier sociedad. Sin pretender ser exhaustivos al menos podríamos indicar algo de cada uno de estos escenarios:

Es innegable el proceso de *secularización* que hace ya varias décadas incide en nuestra sociedad y al que antes hemos aludido. Quizá lo interesante aquí sería sacar dos conclusiones claras: la primera, que cualquier plan de evangelización que no tenga en cuenta este elemento de nuestra sociedad y siga suponiendo un remanente cultural cristiano adolece de una preocupante falta de realismo y segunda, que esta secularización no afecta sólo a la sociedad como si esta se tratase de algo absolutamente exterior a la Iglesia. Como recuerda san Agustín, la Iglesia vive en la sociedad, ahí “camina entre las tribulaciones de este mundo y los consuelos de Dios” y en este sentido participa de sus gozos y de sus inquietudes, así como de sus dificultades [cf. GS 1]. Por eso puede hablarse de un cierto “secularismo intraeclesial”, que dificulta la visión sobrenatural de las cosas, que incide en las formas de vida cristiana tanto en la experiencia familiar y laical como del ministerio sacerdotal y de la vida religiosa. Por esta razón

insistía en *Evangelii Nuntiandi* en que la propia Iglesia fuera evangelizada permanentemente, en revisar constantemente las actitudes y planteamientos con un espíritu de conversión que nos remite al clásico axioma *semper reformanda* aplicado tradicionalmente a la Iglesia. La necesidad de una formación permanente del clero y de los laicos o la vuelta a las fuentes del carisma primero de los religiosos encuentran aquí su razón de ser.

La *multiculturalidad* y el relativismo antropológico y religioso constituyen un fenómeno muy reciente al menos en nuestra sociedad pero ya muy presente. De una sociedad cultural, religiosa y hasta étnicamente muy homogénea hemos pasado a otra muy plural en todos los aspectos. La presencia creciente de población de muy variados lugares y creencias, constituye, sin duda, una riqueza cultural pero también un reto para la fe. Junto a ello la irrupción agresiva de toda suerte de informaciones y propuestas culturales y religiosas que llegan diversos medios convierten a la sociedad en una especie de bazar o de buffet. En alguna medida esto favorece un cierto sincretismo religioso y un relativismo subjetivista que, en palabras del Papa, se impone como una dictadura que termina agostando en el corazón del hombre cualquier anhelo de plenitud en la búsqueda de la verdad trascendente o del amor incondicional.

El diálogo con el mundo que pide el Concilio Vaticano II, no se ha de confundir con lo que Pablo VI en *Ecclesiam suam* (1965) llamaba *falso irenismo*. De este modo se conseguiría la aceptación y el aplauso de este mundo, al alto precio de traicionar su compromiso como servidora de la verdad: “El irenismo y el sincretismo son, en el fondo, formas de escepticismo respecto a la fuerza y al contenido de la Palabra de Dios que queremos predicar” [ES 33]. Como recordaba J. Ratzinger años después en aquella famosa entrevista, la Iglesia está llamada a ser sal de la tierra. Esto, en no pocas ocasiones, le supondrá quedarse sola frente a la opinión dominante pero con la convicción de que quien está con la Verdad nunca está sólo del todo. En un mundo fragmentado y nebuloso, el servicio de la Iglesia no ha de ser contribuir a la ceremonia de la confusión, sino proporcionar certezas que, reveladas por el mismo Dios, lejos de violentar, dan razón de lo verdaderamente humano.

Los *medios de comunicación* cada vez más variados en cuanto a su tecnología y funcionamiento, incluyen hoy a Internet o las redes sociales constituyendo una de las instancias más poderosas e influyentes de la

sociedad. No es fácil hablar genéricamente de una realidad tan compleja, pero está claro que se trata de un mundo donde las oportunidades y los riesgos son tan grandes como inseparables entre sí. El Papa en distintas ocasiones se ha pronunciado a favor de una buena preparación para el buen uso de estos instrumentos sin obviar las dificultades que entraña. Pretender un control externo o interno, sería tan complicado como poner puertas al campo. La estrategia debe pasar por formar adecuadamente, por utilizar los filtros que están a nuestro alcance especialmente cuando hablamos de poblaciones especialmente vulnerables como la infantil y por un uso eficaz e inteligente de un instrumento tan poderoso para la evangelización.

Sin olvidar la presencia de la Iglesia en medios de comunicación tradicionales propios y ajenos con la prudencia y vigilancia recomendables, los nuevos medios ofrecen un horizonte inmenso que podría dar sus frutos. Así, las redes sociales para la comunicación de eventos, el uso de blogs, páginas o chats de contenido cristiano presentan posibilidades que apenas comienzan a vislumbrarse. Ahora bien, como el Papa ha recordado recientemente, nada puede sustituir el modo de transmisión de la fe que desde el principio ha sido el primordial para la Iglesia, esto es, el testimonio personal, cara a cara, boca a boca que se funda en el testimonio individual y el encuentro interpersonal.

Sería incomprensible elaborar hoy un documento pastoral que no tuviera en cuenta la severa *crisis económica y financiera* por la que atraviesa nuestra sociedad. Una crisis tan profunda como esta tiene consecuencias en la vida de las personas y de las familias y en tal sentido, el anuncio evangelizador nunca ha de hacerse en modo abstracto o distante de la realidad a la que se dirige. Al contrario, el evangelio de Jesucristo tiene una palabra que decir para la situación actual de crisis que, como el Papa Benedicto XVI se encargó de recordar en su encíclica *Caritas in Veritate*, no es fruto de un *fatum* o maldición sino del desorden moral que como consecuencia del pecado y del olvido de Dios, genera siempre dolor e injusticias y especialmente en los más débiles.

Vale aquí la famosa frase de Dostoievski de que “si Dios no existe, todo está permitido”, de modo que una sociedad que ha perdido su referencia al Amor y la Verdad absolutos, se siente con la potestad para rediseñar al hombre y a las relaciones humanas pero ahora, no desde la *veritas* o la *caritas*, sino desde la ambición, el goce inmediato o la

irresponsabilidad moral. La crisis económica es, pues, reflejo de una quiebra más profunda de orden moral y cultural y por lo mismo ha de ser vista como una oportunidad para poder reconsiderar muchos de los postulados que la sociedad materialista quiere imponer. Por eso la Iglesia, además de sostener con sus instituciones como ya hace, a quienes sufren la crisis actual, ha de aportar lo específicamente cristiano que de suyo es humanizador para superarla no a base de meras recetas financieras, sino de una sólida reforma de la estructura y de los valores de nuestra sociedad.

Los *avances científicos y tecnológicos* suponen, sin duda, un bien para la sociedad pero por otra parte, constituyen un desafío sobre todo cuando, rebasando el ámbito que le es propio, pretenden dictaminar una verdad absoluta sobre el hombre. La identificación de cualquier novedad científica o tecnológica con un avance o progreso de lo humano genera una confianza casi ciega en la verdad científica. De este modo, el poder del hombre sobre el comienzo de la vida, la regulación sobre el final de ésta, el manejo utilitarista de la sexualidad, o la manipulación genética se presentan como conquistas del ser humano en ámbitos en los que antes dependía de un poder misterioso y ajeno. El problema fundamental, en todo caso, no reside en la aparición de uno u otro debate moral, sino en el modelo antropológico que se va generando a medida que el propio hombre se siente con potestad para disponer de la vida de otros por el mero hecho de poseer una mayor información sobre él.

Por otra parte, el conocimiento científico que, por su misma naturaleza está sometido a la relatividad de la validación experimental se presenta a veces como un principio infalible. La Iglesia, en cambio, es vista como un obstáculo para el avance del ser humano por recordar que no todo lo científicamente posible es moralmente aceptable y que la sed por desentrañar y controlar los aspectos aún desconocidos de la realidad natural no puede saciarse a costa de sacrificar la dignidad ni los derechos del ser humano. La evangelización en este campo no ha de reducirse a la oposición defensiva cuando es puesta en juego, de uno u otro modo, la vida o la dignidad del hombre. Hemos de hacer el esfuerzo por dar a conocer en positivo el tesoro que poseemos, la plenitud del ser humano tal y como nos ha sido revelada en Cristo. La fidelidad a la enseñanza moral de la Iglesia, encabezada por los pastores, así como las iniciativas de formación en esta

materia como los centros de orientación familiar o afectivo-sexual son decisivos para que también aquí llegue la novedad del evangelio.

La participación en la *vida política* es quizá una de las tareas más precisas de la Iglesia en la sociedad. No corren tiempos especialmente propicios para la aparición de la vocación política y a ello contribuye el desprestigio causado por casos de corrupción o la escasa sensibilidad a la escucha o al servicio a la sociedad por parte de no pocos políticos. Por desgracia, los cristianos que participan en la vida pública rara vez se identifican como tales ni hacen valer sus principios cristianos en el debate político. En todo caso, el objetivo de la Iglesia en este campo nunca debe ser la reconquista de un poder perdido en la vida social y cultural, sino más bien el valerse de la presencia de los cristianos para influir positivamente desde la fe en todo los ámbitos de decisión en los que esté en juego la dignidad, los derechos y las libertades del ser humano tanto desde el punto de vista individual como colectivo. En todo caso, la voz y la postura de la Iglesia ha de ser extremadamente cuidadosa de modo que no pueda ser identificada ni instrumentalizada por ninguna opción política partidista. Esto es especialmente válido para los consagrados, sacerdotes o religiosos, dado que el mundo de la política es un modo de presencia eclesial que corresponde específicamente a la vocación y apostolado laical.

- ¿Cuáles de estos desafíos consideras más importantes de cara a la misión de la Iglesia en el mundo?
- ¿Cuáles representan un mayor obstáculo y cuáles una oportunidad favorable en algunos casos?
- ¿En cuales y en qué modo deberían estar presentes los cristianos como forma concreta de evangelización? ¿Cómo lograrlo?

3. Cambios en la vida de la Iglesia

Hemos echado una mirada a la sociedad presente que, como cada época, tiene sus problemas. Pero, como recordaba el Papa en su homilía de la catedral de la Almudena, tenemos la convicción de que “Dios da en cada tiempo la gracia oportuna para asumirlos y superarlos con amor y realismo”. Por eso merece la pena mirar ahora hacia el interior de la Iglesia actual para identificar cuáles son los instrumentos con los que Dios la ha dotado para hacer frente a los desafíos del tiempo presente. Ya hemos

aludido a los frutos surgidos en la Iglesia a partir de las enseñanzas del Concilio Vaticano II y conviene reconocerlos como una gracia oportuna de cara a la tarea de la Nueva Evangelización.

En primer lugar, como respuesta a la primera demanda del Concilio sobre la necesidad de conciliar fe y vida en la existencia de cada cristiano, hay que situar la profunda revisión realizada en el ministerio ordenado, la vida religiosa y la vocación laical. Más allá de la complicada recepción del Vaticano II en el inmediato postConcilio, no cabe duda de que muchos frutos se han derivado de este esfuerzo de purificación de los estados de vida en la Iglesia. La conciencia de presbiterio, la desaparición de privilegios, la llamada universal a la santidad, la vuelta a la sencillez y pobreza del carisma primitivo de muchas comunidades religiosas o la superación de un catolicismo puramente formal e incluso hipócrita en la vida de los laicos son algunas de ellas. Todo ello hace que el rostro de la Iglesia donde resplandece Cristo, luz de las gentes [cf. LG 1] sea hoy más sencillo, más cercano, más amable, más fraterno, en algún sentido más evangélico por más que no falten quienes por razones diversas quieran desvirtuarlo o deformarlo. No cabe duda de que quedan muchas tareas pendientes en la vida de la Iglesia –crisis vocacional, déficit de comunión, insuficiencias en la vida espiritual, en la formación o en el compromiso social–. Pero sería ingrato e injusto no reconocer la acción que el Espíritu Santo realiza en la Iglesia y no darse cuenta de todo aquello que posibilita y favorece la tarea de la Nueva Evangelización

Una de las grandes aportaciones del Concilio Vaticano II a la vida y la misión de la Iglesia ha sido la recuperación del papel del laico en ella. Es cierto que ya antes del Concilio habían florecido formas de presencia y de asociación de los laicos en distintos campos de la acción pastoral eclesial. Pero es a raíz del impulso dado por el Concilio al tema de los laicos cuando aparecen distintas iniciativas concretas que se han dado en llamar “las nuevas realidades eclesiales”. Reconocidas y valoradas por la Iglesia como el fruto de la acción del Espíritu Santo son en parte, la respuesta a la demanda de una nueva primavera del Espíritu, de la irrupción de un nuevo Pentecostés pedido al Señor por el Beato Juan XXIII en la Sesión de Apertura del Concilio Vaticano II. Realidades muy distintas incluso en su naturaleza formal –movimientos, asociaciones, institutos, comunidades, catecumenados– y en su propia idiosincrasia, presenta una serie de rasgos

comunes a todas ellas a la vez reconocibles y exigibles por la propia Iglesia descritos años más tarde en *Christifideles Laici*: santidad de vida, confesión de la fe común, comunión eclesial, fin apostólico de la Iglesia, solidaridad con los pobres, presencia pública y protagonismo seglar [ChL 30].

Cierto es que, como todo elemento novedoso no siempre es fácil la articulación de estas nuevas realidades en el seno de la estructura eclesial y que, además, por ser instituciones humanas, tienen sus deficiencias. No obstante, es indiscutible que su aparición ha significado un inmenso potencial de vida cristiana y un impulso a la acción evangelizadora de la Iglesia. Junto a las ya presentes desde antiguo –hermandades, Opus Dei, movimientos apostólicos, Acción Católica– estas asociaciones, además de enriquecer la vida eclesial y realizar la comunión entre los diversos carismas, son grandes protagonistas de la acción evangelizadora de la Iglesia. Aún teniendo presentes las dificultades, la tarea de los pastores ha de ser la de acompañarlas, potenciarlas a la vez que purificarlas y ordenarlas a la bien común de la Iglesia.

Otra de las grandes intuiciones del Concilio Vaticano II es la de invitar a la Iglesia a pasar de una situación más bien polémica frente al mundo a otra que busque el diálogo en la búsqueda del bien común para el hombre y para la sociedad. Mucho se ha hablado de un cierto optimismo ingenuo reinante en los años sesenta que habría impregnado el espíritu del Concilio. De lo que no cabe duda es de que la Iglesia, tal y como afirma en su último libro don Fernando Sebastián, ha hecho un esfuerzo muy notable por encontrarse con la sociedad, por abrir cauces de diálogo y de colaboración aunque los resultados no siempre han sido especialmente positivos. No obstante, lejos de caer en el desaliento, está claro que la postura de la Iglesia debe evitar los dos extremos que amenazan la eficacia de su acción evangelizadora en este contexto: ni la creación de un *ghetto* integrista, apartándose por sistema de la vida del mundo, ni la disolución en una actitud consensuada, adaptada a este mundo aún en aquellos campos y propuestas éticas que se oponen frontalmente a la visión cristiana del hombre, de la sociedad, de la vida o del amor humanos.

Es muy frecuente que al analizar la evolución de la Iglesia tras el Concilio Vaticano II se magnifiquen los errores cometidos en la aplicación de sus indicaciones y se obvien los espléndidos frutos que éste ha reportado a la Iglesia. En este sentido no faltan quienes advierten de que las

expectativas creadas por el Concilio de apertura de la Iglesia al mundo no se han cumplido por el posterior repliegue temeroso de parte de ésta. Otros en cambio culpan al propio Concilio de haber debilitado su unidad y fidelidad como consecuencia de unas reformas que habrían mundanizado a la Iglesia separándola de la Tradición. Sin embargo, si se observan con objetividad y perspectiva los últimos decenios de la vida de la Iglesia la conclusión ha de ser positiva. La Iglesia ha pasado de una situación que más que de preponderancia ha sido de hegemonía absoluta en la sociedad a otra en la que ocupa un lugar más entre otros en un mundo plural. Es cierto que desde hace ya bastantes años, la Iglesia sufre, probablemente como reacción a tantos años de dominio social y moral, una dura campaña de desprestigio. No obstante, en España, a diferencia de otros países donde la secularización ha arrasado su presencia en la sociedad, la Iglesia mantiene casi en su integridad los lugares de encuentro con la sociedad.

Así, las distintas formas de religiosidad popular y de enseñanza religiosa, sus numerosas y cada vez más prestigiosas instituciones de acción caritativa o social como Cáritas, Manos Unidas y otras, la prevalencia de la familia como institución más valorada en la sociedad o la participación aún masiva en algunos sacramentos indican que más allá de apariencias o análisis superficiales la presencia de la Iglesia y de su mensaje permanece en los sustratos más hondos de la sociedad. La constatación de este hecho no debe ser motivo para la autocomplacencia porque es cierto que junto a ello se han de afrontar no pocos desafíos de los que ya se han hablado. En cambio, sí nos puede estimular a valernos con inteligencia y creatividad de estos cauces potenciales de evangelización para llegar a quienes, más por ignorancia que por hostilidad, no tienen una verdadera experiencia de fe.

- ¿Cuáles crees que son las transformaciones que se están dando en la vida de la Iglesia? ¿Cuáles favorecen la evangelización? ¿Cuáles la perjudican o dificultan?
- ¿Consideras que hay un cierto renacer aunque difuso de la espiritualidad? ¿Cómo poder encauzarlo en nuestras parroquias y comunidades? ¿Se tienen los instrumentos?
- ¿Qué papel juega la religiosidad y piedad popular en la misión evangelizadora de la Iglesia? ¿La posibilita, la dificulta o es indiferente a ella?

II. ¿En qué consiste la Nueva Evangelización?

Como se recuerda en la presentación de los *Lineamenta*, el término “Evangelización” tal y como aparece en la *Evangelii nuntiandi* indica la actividad eclesial en su conjunto incluyendo la catequesis, la liturgia, la vida sacramental, la piedad popular o el testimonio de vida de los cristianos [cf. EN 17, 21, 48]. Ahora bien, en este mismo documento Pablo VI presta una atención particular al anuncio de la Buena Noticia a las personas y pueblos en especial a los que todavía no conocen el Evangelio de Jesucristo. Con el término Nueva Evangelización, Juan Pablo II ha hecho extensiva esta exigencia a las sociedades de antigua cristiandad como la nuestra. Se trata, pues, de un desafío que, como aquel escriba de la alegoría evangélica, supone extraer cosas nuevas y cosas viejas del precioso tesoro de la Tradición cristiana (cf. Mt 13,52). Las cosas nuevas consisten en el entusiasmo, el lenguaje y los métodos, las viejas el mensaje siempre antiguo y siempre nuevo del Evangelio de la salvación.

4. Evangelizar es posibilitar el encuentro personal con Cristo

Esta Nueva Evangelización nos exige, pues, saber muy bien aquello que hemos de comunicar, a Jesucristo y su mensaje de salvación. Pero también nos obliga a conocer a aquellos a quienes se lo hemos de dar a conocer, esto es, al hombre de hoy y a la sociedad en la que vive. Se trata de seguir la lógica de la Encarnación tal y como la muestra el Señor en el Evangelio y de ahondar en el misterio de Dios, sin que esto nos aparte, sino todo lo contrario, de nuestra cercanía y participación en la vida de los hombres nuestros hermanos a quienes somos enviados. Justamente esta es la razón de ser del ministerio apostólico que se funda en la elección de los doce por parte de Jesús. “Él llamó a los que quiso y se fueron con Él. Nombró a Doce a quienes llamó apóstoles para que convivieran con Él y para enviarlos a predicar” (Mc 3,13). Él llama y separa a algunos de su pueblo pero no para que se aparten de sus hermanos, sino para que, habiendo convivido con Él en la intimidad de su amistad, sean enviados al corazón del mismo pueblo del que salieron. De esta manera, elección gratuita, encuentro personal y envío misionero aparecen como momentos inseparables en la vida y la tarea del que es llamado a continuar la tarea

evangelizadora que, no obstante, concierne tanto a los ministros, como a los religiosos o a los fieles laicos cada uno siendo fiel a su propia vocación.

La riqueza de nuestra fe es, por tanto, fruto del encuentro personal con Jesucristo que nos invita a seguirle. Una fe posteriormente reflexionada y compartida en la vida de la Iglesia y comunicada a los hombres de nuestro mundo. En el Evangelio de san Juan, el conocido pasaje del encuentro de Jesús con la mujer samaritana viene a iluminar la verdadera naturaleza de la evangelización donde el encuentro con Jesús, la conversión profunda del corazón, la experiencia de oración y la transmisión de la fe se presentan como acontecimientos inseparables. “Si supieras cuál es el don de Dios y quien es el que te pide de beber, sin duda que tú me pedirías a mí y yo te daría agua viva” (4,10). He aquí la fuente de toda la evangelización, la experiencia personal de Cristo que abre al hombre una vida nueva. “Señor, dame de esa agua; así ya no tendré más sed y no tendré que venir hasta aquí para sacarla” (4,15). La conversión, el cambio radical de vida, del modo de pensar y de vivir, el abandono del pecado y la apertura a la vida de la gracia es siempre el primer efecto del encuentro personal con Cristo. “Dios es espíritu y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad” (4,24). El descubrimiento de la oración donde se renueva este encuentro y se alimenta la incipiente amistad con Cristo es también consecuencia de la acción evangelizadora de la gracia. “Al oírle personalmente, fueron muchos los que creyeron en Él de modo que decían a la mujer ‘Ya no creemos por lo que tú nos dijiste, sino porque nosotros mismos le hemos oído y estamos convencidos de que Él es verdaderamente el Salvador del mundo’” (4,42). Partiendo de un encuentro con Cristo que transforma la vida –conversión– y abre a un horizonte nuevo y eterno –oración–, el discípulo transmite espontáneamente su experiencia que más que desvelar una verdad, contagia la alegría de la salvación que alcanza personalmente, “no de oídas” a todo el que se abre a este anuncio.

Esta ha sido, desde el comienzo de la Iglesia, el modo por el cual se ha transmitido el Evangelio, el así llamado *kerigma* o anuncio apostólico. Se trata de un testimonio que no se funda en el conocimiento exhaustivo de la fe, ni en la dotación de especiales cualidades o talentos humanos, sino de una vida verdaderamente tocada y transformada por la gracia. Así fue la palabra de los santos de todos los tiempos que, más allá de su propia fragilidad o de sus mayores o menores dotes de elocuencia, comunicaban la

verdad y el amor de Jesucristo con tal unción y ardor que desarmaban los corazones más correosos. Se trata, por tanto, de favorecer aquellos lugares o realidades de la Iglesia que posibilitan este encuentro personal con el Señor, en los que se proclama el anuncio de la salvación que constituye la primera acción evangelizadora de la Iglesia. Todo ello, sin olvidar los siguientes pasos: la catequesis, la oración y adoración, la celebración de los sacramentos, la dirección espiritual, la vida de comunidad o el compromiso socio caritativo a través de los cuales crece y madura el recién incorporado al camino de la fe en la vida de la Iglesia.

- ¿Se da en nuestra parroquias, comunidades eclesiales, movimientos este encuentro con Cristo?
- ¿Considera que la formación cristiana, cuando se da, es excesivamente teórica?
- ¿Se presta la atención suficiente al camino de conversión mediante la dirección espiritual y la confesión?

5. La vida de la Iglesia, fuente de Evangelización

Cuando el evangelista san Lucas quiere sintetizar con una sola frase en qué consiste la vida de la Iglesia o *vita apostolica* presenta lo que se denomina un sumario que nos puede servir a nosotros para reconocer las acciones eclesiales a través de las cuales se ha de llevar a cabo la tarea de la evangelización. Justo después de describir el acontecimiento de Pentecostés y la incorporación por el bautismo de quienes acogieron el primer kerigma apostólico de san Pedro, dice el texto sagrado lo siguiente: “Los que habían sido bautizados perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la unión fraterna y en la fracción del pan y en las oraciones [...] Por su parte, el Señor agregaba cada día a los que se iban salvando al grupo de los creyentes” (Hch 2,42). Es claro que la eficacia de la tarea evangelizadora no depende en absoluto de nosotros, sino que como el propio san Pedro descubre tras la pesca milagrosa es obra de Jesucristo y del poder de su gracia (cf. Lc 5,8). No obstante, está claro que el Señor agrega a los nuevos creyentes valiéndose, como instrumento de salvación, de la vida de la Iglesia y en concreto de aquellos medios de salvación queridos e inspirados por el mismo Señor: la proclamación de la Palabra de Dios, la comunión fraterna, la participación en los sacramentos y la vida de oración.

De hecho, cuando hace diez años se elaboró el Catecismo de la Iglesia Católica no sólo para recordar los artículos de la fe, sino con la idea de reflejar en él toda la vida cristiana, se estructuró siguiendo justamente este esquema. La *lex credendi*, (parte I) *celebrandi* (parte II), *vivendi* (parte III) y *orandi* (parte IV) aparecen como distintas formas de realización del evangelio en la vida de la Iglesia. La pregunta que se nos plantea desde este punto de vista es hasta qué punto entre nosotros se transmite la gracia del Evangelio a través de estos distintos momentos de la vida eclesial.

Aunque merecerá un tratamiento propio, no está de más que fijemos en este punto nuestra atención sobre la eficacia de la *catechesis* como elemento inseparable de la evangelización. Hemos de preguntarnos si sus contenidos recogen lo nuclear de la fe o se quedan, a veces, en cuestiones marginales, si sitúan a Jesucristo en el centro de la presentación de la fe, si son suficientemente claros y comprensibles. Sobre los métodos, si son pedagógicos, si tiene una suficiente resonancia el dato bíblico, si son vivenciales y comprometen la existencia o son meramente teóricos o intelectuales. Sobre los agentes, si tienen una suficiente preparación en los contenidos y experiencia de Dios como para transmitirlos con la convicción que da la fe vivida.

El fin último de la celebración litúrgica en la Iglesia es la de posibilitar el encuentro con el misterio de Dios a través de la actualización compartida del misterio pascual de Cristo y la comunicación de su gracia. En concreto, la celebración eucarística, cuando se realiza según el querer de la Iglesia y se favorece una “participación plena, consciente y activa” de los fieles [SC 14] es lugar privilegiado para que se dé un encuentro personal con el Señor. El cuidado respetuoso y la sana creatividad en cada uno de los momentos y signos de la celebración –lecturas, silencios, cantos, plegarias– a lo largo del año litúrgico lejos de la rutina y del puro ritualismo así como de las rarezas o excentricidades de cualquier orden, garantizan que de verdad la eucaristía sea “fuente y cima de la vida de la Iglesia” [LG 11] donde más allá del puro precepto del día del Señor, se dé un auténtico encuentro con Él Señor en el seno de una comunidad de fe.

La vida comunitaria es, sin duda, otro de los acentos más claros de la renovación eclesial propuesta por el Concilio. De hecho en el Sínodo convocado en 1985 a los veinte años de su celebración se afirma con claridad que la categoría que mejor recoge la abundante doctrina conciliar

sobre la Iglesia es la de *koinonía*, esto es comunión. “Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común” (Hch 2,44). El florecimiento de muchas y variadas comunidades cristianas de laicos han favorecido una vida cristiana más plena y una mayor conciencia del misterio eclesial. En el siglo V la aparición de las comunidades monásticas supusieron una vuelta a la frescura del evangelio frente a la incipiente cristiandad oficial que amenazaba con reducir la fe a un mero hecho sociológico. En el siglo XIII las comunidades mendicantes apostarán por la radicalidad del evangelio en un momento crítico de la relación entre poder temporal y espiritual del Medioevo. En el siglo XX el mismo Espíritu que animó entonces ambas realidades, ha suscitado en la Iglesia comunidades laicales para hacer frente al fenómeno de la secularización que amenaza con secar la fe en el corazón de los creyentes en una sociedad cada vez más individualista.

Además de la iniciación, la celebración y la comunión, la fe tiene otro camino de acceso y de crecimiento en el seno de la Iglesia que es el de la oración. La importancia de la oración en la vida de cada bautizado, no solamente en las órdenes contemplativas o en general en los consagrados, se deriva de otra de los grandes aportes del Concilio. Se trata de la insistencia en la vocación universal a la santidad y la extensión de los consejos evangélicos más allá de lo preceptivo en la vida religiosa. No faltan hoy, gracias a Dios, en muchas parroquias, colegios, conventos así como en movimientos y asociaciones iniciativas de oración personal y comunitaria. Como ha afirmado recientemente Benedicto XVI, nuestro mundo se halla sumergido en una *cultura líquida*, una cultura basada en el consumismo en el que las relaciones humanas, quedan sometidas a la lógica del usar y tirar y en la servidumbre del relativismo, para el que no hay ideas verdaderas o falsas, sino únicamente útiles o inútiles.

En un mundo en el que se da un predominio cultural del ateísmo práctico, la búsqueda de Dios, la sed de verdad, de trascendencia, de eternidad es quizá más ardiente que nunca. Por eso las experiencias de profunda y verdadera oración son hoy, más que en otros tiempos, ocasión propicia para una primera aproximación al misterio divino. El silencio impresionante que acompañó a la adoración eucarística en un multitud de más de dos millones de jóvenes en la Vigilia de Cuatro Vientos es más que un anécdota, indica una necesidad y un camino que de ningún modo debe olvidarse en la Iglesia. En nuestra Diócesis son cada vez más frecuentes las

iniciativas y momentos de adoración eucarística siguiendo de este modo la indicación que el Papa hacía hace unos años con motivo del Año dedicado a la Eucaristía.

- ¿Qué podría llevarse a cabo en cada uno de estos aspectos de la vida de la Iglesia para favorecer la acción evangelizadora?
 - Escucha de la Palabra (Catequesis)
 - Vida sacramental (Eucaristía)
 - Acción social (Caridad)
- ¿Se están poniendo en práctica algunas de las iniciativas que el Papa propone en relación a la profundización de la Palabra de Dios tales como la *lectio divina* o del sentido último de los sacramentos como la elaboración de las catequesis mistagógicas?
- ¿Se favorece y se fomenta en nuestras parroquias la vida de oración personal y comunitaria?

6. Evangelización, catequesis, catecumenado y formación

En relación directa con la experiencia de oración, hemos de hacer mención de la importancia de la Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia. A esto precisamente se ha dedicado el último Sínodo de Obispos celebrado en el año 2008 y que dio como fruto la extensa y espléndida exhortación apostólica *Verbum Domini* firmada por el Papa dos años después. Benedicto XVI, se hace así eco de la invitación, que casi medio siglo antes la constitución *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación del Concilio Vaticano II, a situar de nuevo a la Palabra de Dios en el centro de la vida de la Iglesia. Al fin y al cabo el propio Joseph Ratzinger participó activamente en la elaboración del texto conciliar en el que se dice que “todos los fieles [...] acudan de buena gana al texto mismo: en la liturgia, tan llena del lenguaje de Dios; en la lectura espiritual, o bien en otras instituciones u otros medios, que para dicho fin se organizan hoy por todas partes con aprobación o por iniciativa de los Pastores de la Iglesia. Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración” [VD 25]. De entonces ahora es innegable que en la Iglesia ha crecido notablemente la importancia de la Palabra de Dios no sólo en la exégesis de los textos o el análisis de sus contenidos teológicos, sino también en el acercamiento sapiencial o espiritual a los tesoros de sabiduría y verdad que ella encierra.

Es muy interesante al comentario que hace el Papa de la afirmación de san Jerónimo de que nunca podemos leer solos la Escritura. “Hallamos demasiadas puertas cerradas y caemos fácilmente en el error. La Biblia ha sido escrita por el Pueblo de Dios y para el Pueblo de Dios, bajo la inspiración del Espíritu Santo. Sólo en esta comunión con el Pueblo de Dios podemos entrar realmente, con el ‘nosotros’, en el núcleo de la verdad que Dios mismo quiere comunicarnos” [VD 30]. Es evidente que Benedicto XVI se refiere a la necesidad de que la aproximación personal a la Escritura se mantenga en leal comunión con la Tradición y Magisterio eclesiales, garantes de su correcta interpretación. Pero también es legítimo interpretar estas palabras en un sentido distinto y complementario en sintonía con otro de los temas que él desarrolla más adelante. Se trataría de valorar la riqueza de la palabra compartida en el seno de una comunidad de fe en las *celebraciones de la Palabra de Dios* [VD, n. 65]. La palabra proclamada, meditada y compartida favorece, en quienes no están habituados a ello, una apertura a la llamada divina en relación directa con la evangelización.

De hecho, el Papa dedica una gran parte de la exhortación a recordar ámbitos en los que la Palabra ha de encontrar su espacio propio. Además de los lugares habituales como la liturgia, la catequesis, se citan otros como la acción caritativa, los medios de comunicación, al arte o el diálogo interreligioso. La razón de esta centralidad de la Palabra de Dios en la vida y en la misión evangelizadora de la Iglesia reside en la misma naturaleza del texto revelado. En realidad no estamos hablando de una mera escucha pasiva del hombre a la Revelación divina, sino que realmente se trata de un diálogo con Dios por el cual “nos comprendemos a nosotros mismos y encontramos respuesta a las cuestiones más profundas que anidan en nuestro corazón”. Como el Papa recuerda, “se ha difundido en nuestra época, sobre todo en Occidente, la idea de que Dios es extraño a la vida y a los problemas del hombre y, más aún, de que su presencia puede ser incluso una amenaza para su autonomía”. Por eso es decisivo, desde el punto de vista pastoral, recordar que “sólo Dios responde a la sed que hay en el corazón de todo ser humano” [VD 25].

De las muchas formas de aproximación personal o comunitaria a la Palabra de Dios hay una que, sólidamente enraizada en la más antigua tradición cristiana, viene siendo recomendada insistentemente en la Iglesia. Se trata de la llamada *lectio divina* “que es verdaderamente capaz de abrir

al fiel no sólo el tesoro de la Palabra de Dios sino también de crear el encuentro con Cristo, Palabra divina y viviente” [VD 87]. En ella y a través de un itinerario a la vez bíblico y espiritual el creyente va ahondando paso a paso hasta lo más hondo de misterio de sí mismo y de Dios en él: “¿Qué dice el texto en sí mismo?”--*lectio*--, “¿Qué nos dice el texto bíblico a nosotros?”--*meditatio*--, “¿Qué decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra?”--*oratio*--, “¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?”--*contemplatio*--. Como recuerda el texto sinodal, además de su simplicidad y su hondura, una de las ventajas de la *lectio divina* es la posibilidad de llevarla a cabo individual y comunitariamente e incluso con personas no muy iniciadas en la vida de oración.

- ¿Qué opinión tienes de la transformación que se ha operado en los materiales catequéticos? ¿Conoces el catecismo para jóvenes *YouCat*? ¿Parece útil para la transmisión de la fe?
- ¿Cómo valoras la existencia de un catecumenado para la transmisión de la fe?
- ¿Se dan en tu parroquia o comunidad de fe laicos que se forman en el ámbito teológico y en la escucha de la palabra?

III: La comunión y la misión de la Iglesia en la tarea de la Nueva Evangelización

Una de las descripciones de la Iglesia que se han ido consagrado a partir del Vaticano II es aquella que la define como “misterio de comunión y misión”, de la que por ejemplo se vale Juan Pablo II para estructurar la exhortación apostólica *Christifideles Laici*. No se trata de un simple juego de palabras sino que apunta con la visión de Iglesia que ofrece la constitución *Lumen Gentium* en relación con el misterio trinitario. De modo análogo a la Trinidad divina en la que las misiones salvíficas del Hijo y del Espíritu Santo derivan de la comunión entre las Divinas Personas, en la Iglesia que de ella procede, la misión se funda inexorablemente en el misterio de su comunión. Esta verdad dogmática que nos puede parecer muy abstracta tiene sin embargo unas consecuencias pastorales en la vida de la Iglesia muy claras y concretas. La eficacia de la misión de la Iglesia *ad extra* depende directa y absolutamente de la verdad de la comunión en el seno de la propia Iglesia *ad intra*. No se trata, pues, meramente de una cuestión de orden natural según el principio de que “la unión hace la fuerza”. Es, en cambio, un principio sobrenatural dado que la misión

evangelizadora de la Iglesia no es más que la comunicación fuera de sí misma de aquello que constituye su misma vida, su esencia más íntima, que es la comunión. Si por desgracia la comunión es deficitaria, incompleta o falsa, la misión de inmediato perderá consistencia, eficacia y credibilidad.

7. La comunión intraeclesial

De ahí que la construcción de la comunión sea una tarea urgente y necesaria de la Iglesia, no sólo por el bien de los propios creyentes, sino por la eficacia de la evangelización. Te pido que todos sean uno, Padre como que tú estás en mí y yo en ti que sean verdaderamente uno en nosotros para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17,21). Dado que, para la Iglesia, la amenaza más grave y peligrosa es la división, es una prioridad la búsqueda de la unidad ecuménica entre todos los creyentes en Cristo y a eso nos invita constantemente la palabra del Papa. Junto a ello y como condición de posibilidad para lograr este fin es vital que la propia Iglesia católica llegue a ser verdaderamente “casa y escuela de comunión” si es que queremos ser fieles a Dios y responder a las profundas esperanzas del mundo (NMI, 43). Ahora bien, más allá de los buenos propósitos ¿en qué consiste esta comunión? y ¿de qué modo puede lograrse en la Iglesia? Juan Pablo II nos advierte que antes de hablar de iniciativas puramente formales o estructurales y para que estas no se conviertan en “medios sin alma, máscaras de comunión”, es preciso ir más dentro, y “promover una *espiritualidad de la comunión* proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas, los agentes de pastoral, donde se construyen las familias y las comunidades”. Así pues, los seminarios, las casas religiosas, los ámbitos de formación de los laicos, las familias, las diferentes comunidades, asociaciones y movimientos están llamados a promover esta espiritualidad de comunión indispensable en la vida de la Iglesia. La descripción de lo que significa esta espiritualidad de la comunión constituye, sin duda, una de las páginas más bellas y profundas que nos ha legado el magisterio del Beato Juan Pablo II:

Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. *Espiritualidad de la comunión* significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos,

para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. *Espiritualidad de la comunión* es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente.

Se trata, por tanto de una invitación a valorar la diversidad, a verla más como una riqueza que como una amenaza por cuanto expresa la multiforme acción del Espíritu en la Iglesia que derrama abundantes y variados carismas para la edificación del pueblo de Dios. En definitiva, ningún don, ningún carisma es una propiedad privada sino que todo lo que desde lo alto se otorga a cada uno pertenece por el misterio de la comunión de los santos a la totalidad del cuerpo místico de Cristo. De este modo aquello que es propio del otro y diferente de lo mío, en lo que tiene de positivo ha de ser visto como un verdadero “don para mí”. Este principio de la espiritualidad de la comunión, bien puede entenderse aplicada a los carismas individuales como también a los colectivos o comunitarios. Se trata de un camino de recíproco reconocimiento y valoración que dará como resultado un enriquecimiento común y una mayor eficacia en la acción evangelizadora de la Iglesia. Resuena aquí aquella palabra de Jesús en el evangelio “*Duc in altum*” (Lc 5,4): llamados a trabajar en una misma barca, a manejar las mismas redes, la eficacia en la tarea evangelizadora reside en navegar mar adentro, allá donde, más allá de las apariencias o de los prejuicios, nos reconocemos en una misma comunión de vida y de fe, “Mostraos solícitos en conservar, mediante el vínculo de la paz, la unidad que es fruto del Espíritu. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un Dios que es Padre de todos, que está sobre todos, actúa en todos y habita en todos” (Ef 4,3–5).

- ¿Cuáles son las experiencias de comunión real entre miembros de distintos organismos y realidades? ¿Cómo combatir el recelo y los prejuicios recíprocos?
- ¿Se posibilitan en las parroquias y en las otras comunidades eclesiales verdaderos ámbitos de oración y de crecimiento espiritual?
- ¿Crees que la falta de comunión a distintos niveles entre las distintas realidades eclesiales dificulta la comunión? ¿Es posible la parroquia como comunión de comunidades y carismas?

8. El anuncio de la salvación de Cristo muerto y resucitado

Esta tarea de la evangelización no se identifica con la instrucción o formación cristiana, ni con la presentación de un código de conducta moral, ni siquiera en una invitación a incorporarse a una comunidad de salvación. Estos son momentos posteriores. La evangelización, por encima de cualquier otra consideración, consiste en llevar al otro al encuentro con Jesús. Así aparece en el evangelio de san Juan donde el Bautista señala a Jesús para que Andrés y su hermano Juan lo sigan. A su vez Andrés anuncia a Pedro su hallazgo: “Hemos encontrado al Cristo. *Y lo llevó a Jesús*”. Del mismo modo, en los primeros *kerigma* apostólicos, el de san Pedro y el de san Pablo, el punto de partida, la meta y el núcleo del anuncio evangelizador no puede ser otro que Jesucristo “y este crucificado” (1 Cor 2,2), a quien “Dios, sin embargo, lo ha resucitado de entre los muertos y nosotros somos testigos de ello” (Hch 3,15).

El anuncio evangélico ha de ir por tanto a lo nuclear de nuestra fe, a la misma esencia de la Buena Noticia de Jesucristo. Esta llamada a ir a lo esencial es una de las ideas en las que constantemente insiste el Papa. En este mundo las ofertas de todo tipo son cada vez más numerosas, la cantidad de información es apabullante y las campañas publicitarias cada vez más directas. Por eso, como ya hicieron los primeros testigos en una sociedad culturalmente tan plural como la nuestra, la Iglesia ha de lograr lanzar un mensaje que recoja la entraña misma de nuestra fe, sin perderse como tantas veces sucede en marginalidades teóricas, espiritualistas o moralizantes. La novedad absoluta del cristianismo, aquello ante lo cual cualquier ser humano ha de tomar necesariamente partido no es otra que el misterio pascual de Cristo. Un mensaje que no es transmitido como la verdad abstracta de un iniciado, sino como la experiencia personal de un testigo: “testigos de esto somos nosotros”. De ahí que no baste con tener cristianos con una buena formación teórica de la fe, sino con una experiencia personal de encuentro con Jesucristo. Los primeros lograrán en el mejor de los casos convencer momentáneamente con argumentos, los segundos en cambio contagiarán con su testimonio de modo indeleble.

De aquí se deduce que todo aquello que permita descubrir a los cristianos su participación personal en el misterio pascual de Cristo es indirectamente un impulso a la evangelización. La toma de conciencia de su ser bautismal, la llamada a la conversión y la experiencia del perdón de

los pecados que remite al propio bautismo, el descubrimiento de la eucaristía como participación y encuentro con Jesucristo inmolado en la Cruz, vencedor de la muerte y vivo para siempre es tarea siempre pendiente en la Iglesia. Todos los pontificados desde el Concilio Vaticano II han insistido, con los acentos de cada época, en esta idea de colocar a Cristo en el centro mismo del mensaje de la Iglesia. Quizá en otros tiempos, en los que lo esencial cristiano se daba por supuesto hubiera que insistir en otros temas adyacentes como la credibilidad de la Iglesia, los sacramentos o las prerrogativas marianas. Hoy, sin embargo, no se debe dar por supuesto ningún conocimiento ni aceptación pacífica de lo que es esencial en la fe cristiana. Es justamente esto, lo esencial cristiano, lo que está puesto en duda por quienes querrían rediseñar una idea de hombre y de sociedad postcristianas. Como en los tiempos apostólicos, cada vez más, hay que volver a buscar a cada persona una a una y transmitirle el anuncio de la salvación desde la propia vida transformada por la participación en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo.

Hablando de misterio pascual en nuestra tierra, no podemos obviar el fenómeno de la religiosidad popular en relación directa con la presencia de las hermandades y cofradías de penitencia. Se trata de una realidad que, lejos de declinar como parecería lógico pensar en un proceso de franca secularización, es cada vez más frecuente al menos desde el punto de vista cuantitativo. Son muchas las nuevas hermandades y las asociaciones parroquiales que solicitan ser reconocidas como tales. Está claro que se trata de un fenómeno que permite muy variados análisis desde el punto de vista antropológico, sociológico, pastoral o espiritual. No obstante, lo cierto es que algo tendrá que ver este florecimiento de la religiosidad popular con la sed de trascendencia que se da en un mundo tan materialista como el nuestro. Tampoco se debería desdeñar la posibilidad que, desde siempre, ha ofrecido la tradición cultural y artística cristianas como puente entre lo mundano y lo trascendente. El mismo Papa, en muchas de sus últimas intervenciones, ha recordado el valor evangelizador del arte sacro cristiano así como de la religiosidad popular.

En cualquier caso, es innegable que estas asociaciones algunas de antiquísima tradición en nuestra Iglesia juegan, en el peor de los casos, un papel importantísimo como “cortafuegos de la secularización” ya que por su vinculación eclesial y su estética explícitamente cristiana impiden que

muchos bautizados, aún sin una participación plena en la vida de la Iglesia, se desliguen totalmente de ella como sucede en otras regiones donde el divorcio entre sociedad e Iglesia es mucho mayor. Ahora bien, no deberíamos conformarnos con que nuestra hermandades se limitasen a cumplir esta función que podríamos llamar sociorreligiosa. En muchas de ellas se está haciendo un esfuerzo por hacer realidad sus muchas y grandes potencialidades en el campo de la evangelización. La preocupación por una mejor formación en la fe, las actividades sociales y caritativas, la atención a la vida espiritual mediante retiros, oraciones comunitarias y litúrgicas o celebraciones de la palabras son iniciativas muy esperanzadoras en nuestras hermandades y en las que los pastores –capellanes, directores espirituales, párrocos– no deberían permanecer al margen, sino acompañarles, alentando todo lo positivo y corrigiendo y purificando lo negativo en ellas.

- ¿Hay en la Iglesia lugares momentos propicios para un anuncio testimonial y kerigmático de la fe que posibilite la conversión?
- ¿Qué experiencias, qué instituciones, nuevas asociaciones o grupos han nacido o se han difundido con el objetivo de anunciar con gozo y coraje el Evangelio a los hombres?
- ¿Cómo puede concretarse en el anuncio del kerigma la invitación de Juan Pablo II a hacerlo “con nuevo ardor, nuevos métodos, nuevas expresiones”?

9. La Nueva Evangelización, tarea conjunta de la Iglesia

La evangelización tiene, lo hemos visto hasta ahora, como objeto posibilitar el encuentro personal con Cristo. Ahora bien, este encuentro que, por ser personal es también individual, no tiene lugar aisladamente, sino que se lleva a cabo en la comunidad de salvación que es la Iglesia. En particular y de modo ordinario a través de las realidades que sirven de instrumento o mediación para que el bautizado participe de la vida de Cristo, de la vida de la Iglesia. De entre ellas vale la pena referirse a las más significativas, algunas tradicionales como la familia, la escuela y la parroquia y otras más recientes como las nuevas realidades eclesiales.

La **familia** es la Iglesia doméstica, así la llamó Juan Pablo II en su encíclica *Familiaris Consortio* haciéndose eco de una antigua expresión de los Santos Padres. Ella es lugar primero y primordial para la transmisión de

la fe no sólo durante la etapa de la adolescencia, sino también de la adolescencia y la juventud. El mismo Hijo de Dios contó para su completa humanación con el concurso de una familia: “Jesús bajo con ellos y vino a Nazaret y vivía sujeto a ellos. Él crecía en estatura, sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2,51). El crecimiento de Jesús en lo propio de su humanidad se dio por tanto en el hogar de Nazaret como nos lo recuerda Pablo VI en una inolvidable homilía sobre las virtudes domésticas. Más recientemente la Conferencia Episcopal Española en un documento sobre la importancia de la familia en la vida del hombre y de la sociedad, denominaba a ésta “santuario de la vida y esperanza de la sociedad” (2001). Sagrada en su origen, en su naturaleza y en su significado, la familia es, sin duda, el medio instituido y querido por Dios para que cada ser humano reciba la vida natural, aprenda a amar e incluso a través de ella se incorpore a la vida de la gracia, a la vida eterna.

Por eso la crisis del matrimonio y de la familia y la suplantación de ambos por el Estado en la tarea de la educación de los hijos constituye una grave dificultad para que la institución más importante en el orden natural pueda cumplir su función no sólo en la transmisión de la vida sino también de la fe. En la tradición magisterial de la Iglesia, es una constante la cerrada defensa de la vida según el modelo querido y creado por Dios, como la unión fiel, indisoluble y fecunda de hombre y mujer, expresión de la Alianza de Dios con su pueblo, de Cristo con su Iglesia. Esta defensa de la familia por parte de la Iglesia debe ir acompañada por una atención por la formación específica en este terreno dedicada a quienes han recibido esta vocación de parte de Dios. Por esa razón, es útil y provechosa la existencia de grupos de orientación familiar y escuelas de padres que faciliten a la familia su propio desarrollo y la puesta en práctica de su insustituible misión personalizadora, socializadora y evangelizadora.

La **escuela** desde tiempos muy antiguos ha constituido un auxilio principal para la familia y la sociedad en la transmisión de conocimientos intelectuales, valores morales y principios religiosos. El mundo de la enseñanza, por la crisis de valores y del principio de autoridad, constituye también una institución problemática en la sociedad actual. Benedicto XVI ha calificado la situación actual *emergencia educativa*. De hecho, el momento presente no solamente viene marcado por la puesta en duda de la posibilidad de un conocimiento procedente de la fe revelada como sucedía

en la época de la modernidad. La misma razón humana parece perder valor por la renuncia relativista de la existencia misma de una verdad absoluta. Por eso hoy más que nunca es urgente que haya verdaderos educadores, maestros en el sentido más noble del término que enseñen a quienes se forman con ellos a hacer uso de la inteligencia, a pensar razonadamente a tener un juicio crítico de las cosas más allá de los valores del pensamiento dominante o de las consignas de uno y otro tipo que pretenden imponerse sin ni siquiera ofrecer una argumentación racional.

Por lo que respecta a la vida de la Iglesia y a su tarea evangelizadora, el mundo de la educación constituye además un lugar privilegiado, un instrumento único en la transmisión inseparable de los valores de orden natural y sobrenatural. La presencia de profesores de religión presentes tanto en la enseñanza pública como en los muchos de colegios religiosos ligados a diferentes órdenes consagradas a la educación religiosa a los niños –enseñanza primaria–, adolescentes –enseñanza secundaria– y jóvenes –estudios universitarios– es signo de que la educación es un tema de primordial atención para la Iglesia. De ahí la importancia del cuidado y esmero en la selección y adecuada formación de quienes en nombre de la Iglesia despiertan y acompañan a los niños y jóvenes en las escuelas en el crecimiento y desarrollo de la fe. Ciertamente no debe confundirse la asignatura de religión católica con la catequesis parroquial pero aquella tampoco debería limitarse a una fría exposición de contenidos intelectuales o éticos dado que en lo que se refiere a la fe, cuando ésta se presenta sin su forma testimonial y personal más bien queda convertida en un cadáver inerte que en lo que es en verdad un cuerpo de doctrina coherente en sí mismo y capaz de comunicar la vida que contiene.

La labor de la enseñanza religiosa es evangelizar la sociedad desde dentro y por esta razón la formación no sólo académica, sino también espiritual de los profesores –a través de cursillos, convivencias, retiros– debe ser una tarea constante y sistemática en la educación católica, no una actividad ocasional. Eso los ayudará a despertar en la fe y a afianzarse en ella ya que, como afirma Benedicto XVI, el verdadero educador cristiano es un testigo cuyo modelo es Jesucristo, el testigo del Padre que no decía nada de sí mismo, sino que hablaba tal como el Padre le había enseñado. Del mismo modo, y con palabras de Pablo VI “sólo el que es totalmente fiel a la doctrina de Cristo puede ser eficazmente apóstol” (ES 33).

La **parroquia** como la visibilización más clara de la Iglesia local y de su presencia en un territorio concreto sigue siendo insustituible como célula evangelizadora de la Iglesia. Se ha hablado ya de la importancia y el relevante papel, reconocido por la Iglesia, que han de jugar las nuevas realidades eclesiales, movimientos y nuevas comunidades en la tarea de la Nueva Evangelización. Pero entender que su actividad es sustitutiva, alternativa o heredera de la que habitualmente ha venido cumpliendo la parroquia sería un gravísimo error pastoral y una mala comprensión del sentir expresado por el magisterio de la Iglesia. La parroquia, como Iglesia local, sigue teniendo, por tanto, un campo extensísimo de acción que le es propio y es, por lo mismo, insustituible. La formación de los laicos y su participación en una experiencia de fe madura ha de ser el punto de partida para la creación de catequistas y agentes de pastoral en las parroquias.

Es importante plantearse, más allá de cuestiones sociológicas y pastorales, el porqué algunas comunidades parroquiales fomentan la tarea evangelizadora y la aproximación a los alejados y el porqué otras se reducen a una mera pastoral de conservación. Una acogida fraterna a aquellos que se acercan tal vez solamente para recibir puntualmente un sacramento puede ser momento propicio para derribar prejuicios contra la Iglesia e incluso para un primer anuncio de fe la ha de ser. Debería existir además algún tipo de catecumenado parroquial que permitiera a quienes se incorporan o ya participan de la vida de la Iglesia ir creciendo de modo armónico en todos los aspectos de la existencia cristiana –catequesis, liturgia, vida de comunidad, acción social, oración, misión apostólica–. Esto es importante porque en la vida cristiana no basta con la buena voluntad de quien quiere recuperar su vinculación a la fe, si no se garantiza su acompañamiento y crecimiento cristianos de modo equilibrado.

Una pastoral verdaderamente evangelizadora tiene que preocuparse por establecer contactos personales con las personas alejadas y romper la tendencia a encerrarnos en nosotros mismos. Esto significa salir del recinto confortable de la parroquia y entablar relaciones personales con quienes de suyo no podemos esperar que se acerquen a la Iglesia. En este campo hay muchas experiencias en las parroquias como son los grupos de “cristianos visitantes” o “evangelizadores”. Se trataría de cristianos bien preparados y maduros en la fe que puedan visitar a algunas personas de la parroquia en ocasiones especiales, como en tiempos de enfermedad, cuando fallece un

miembro de la familia, cuando esperan un niño, cuando sufren una desgracia o tienen alguna alegría especial. Se trata de hacer cercana a la Iglesia en los momentos cruciales del ser humano cumpliendo el hermoso arranque de la constitución *Gaudium et spes*: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de los que sufren, son los gozo y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo”.

Además, cuando hablamos de “alejados” en realidad nos referimos a situaciones muy heterogéneas desde quienes tienen una cerrada hostilidad a la Iglesia, a aquellos que se han apartado de manera no consciente o porque se les ha presentado la fe de una manera deficiente. Otras veces son debidos a crisis personales, al influjo de otros, al enfriamiento de la fe recibida en la infancia, a situaciones irregulares o al escándalo causado por algún miembro de la Iglesia. El hecho es que muchas personas, estando alejadas de la Iglesia, agradecen que la Iglesia se acuerde de ellos, que alguien les visite de parte de la parroquia, que bendiga su casa. Asimismo, la presencia en los hospitales y tanatorios es ocasión propicia para estos contactos que, no obstante, debe hacerse siempre con respeto, prudencia y sincera amabilidad y por personas de probada madurez en la fe.

Es importante en este orden de cosas, dejar un espacio a la sana creatividad que halle nuevas formas evangelizadoras de acuerdo con los nuevos retos o realidades sociales. Además de los movimientos especializados en este campo pastoral, existe, por ejemplo, en algunos lugares, la experiencia parroquial de los “puntos de encuentro” o “familias de encuentro”. Consiste en que un par de matrimonios cristianos organicen mensualmente reuniones de encuentro y de comentarios con otros dos o tres matrimonios alejados. Cuando se alcanza un cierto nivel de confianza es fácil que a propósito de cualquier tema salgan temas religiosos sobre los cuales conversar hasta poder invitar a algunas personas a acudir a la parroquia para participar en algunas actividades organizadas para ellos. En una sociedad tan rota y tan variada como la nuestra, es necesario comenzar a adoptar procedimientos diferentes y proporcionados a las diferentes situaciones espirituales y pastorales de los fieles. En definitiva, a quienes se acercan pidiendo los sacramentos para sus hijos o para ellos mismos hay que ofrecerles un auténtico camino de fe que les conduzca a escuchar la palabra de Dios, vivir la comunión fraterna y participar en la fracción del

pan. Lo requiere el respeto por los sacramentos y la lealtad con los mismos fieles. Es una tarea difícil pero no deberíamos seguir ignorándola.

Las **nuevas realidades eclesiales**, de las que ya se ha hablado sobradamente, responden a una “nueva época asociativa que vive la Iglesia” [ChL 29]. Aunque cada una tiene su peculiaridad, consideradas en su conjunto, es un hecho cierto que hoy por hoy constituyen una de las instancias evangelizadoras más eficaces de la Iglesia, al menos en nuestro entorno cultural. De hecho aunque es difícil hablar genéricamente de estas nuevas realidades, sí se puede encontrar una amplia convergencia en la finalidad que las anima, la de participar responsablemente en la misión que tiene la Iglesia de llevar a todos el Evangelio de Cristo como manantial de esperanza para el hombre y de renovación para la sociedad [ChL 31].

Por eso y en tanto que la Iglesia reconoce en ellos la acción del Espíritu Santo, tanto en su origen, como en su actividad y en sus frutos apostólicos no es posible plantear un proyecto de evangelización sin contar con la participación de estas nuevas realidades. Ciertamente que la homogeneidad es más cómoda que la diversidad, de modo que lo más fácil es optar pastoralmente, bien por la exclusión, bien por la exclusividad, esto es, o impedir la presencia de ninguna de estas realidades o reducir toda la vida pastoral solamente a una de ellas. Sin embargo, la voluntad de Dios respecto de la Iglesia no ha sido la de una comunidad monocorde, sino la de una sinfonía de carismas que en su pluriformidad exprese la riqueza y la belleza de la salvación y del mismo Dios. En cualquier caso, como toda realidad humana, aún cuando respondan a una iniciativa del Espíritu, estas nuevas realidades participan de la fragilidad humana por lo que han de estar constantemente, como todo en la Iglesia, sometidas al discernimiento y a la purificación y corrección cuando sea preciso. Un discernimiento que ha de ser en primer lugar interno a cargo de los propios miembros, atentos siempre a la fidelidad al carisma e identidad propios y en segundo lugar externo a cargo de los pastores, a cuyo ministerio compete la guía cuidadosa del pueblo de Dios sea individual, sea colectivamente.

Un aspecto importante en el que se viene insistiendo recientemente es el de la comunión, no solamente entre estos nuevos movimientos y comunidades con las parroquias y estructuras eclesiales, sino de ellos entre sí. Tanto a nivel parroquial como diocesano, sería un servicio espléndido, no sólo a una verdadera comunión eclesial, sino a la eficacia de la misión

evangelizadora todo esfuerzos que se hiciera por establecer vínculos de fraternidad y de colaboración entre estas movimientos y comunidades. Se trata de que la parroquia llegue a ser verdaderamente una comunión de comunidades y la Iglesia local una “casa y escuela de comunión”. Precisamente la reciente Jornada Mundial de la Juventud ha hecho posible el encuentro concreto y el conocimiento mutuo entre distintas realidades eclesiales que, en cada uno de los momentos de este acontecimiento han mostrado una bella imagen de comunión eclesial en torno a quien representa y articula la unidad de la Iglesia universal, el Obispo de Roma. Sin perder las características que le son propias y enriquecen a la misma Iglesia, este es sin duda un camino que favorecería y mucho la eficacia de la Nueva Evangelización. Fue justo en la comunión apostólica del Cenáculo en torno a María cuando se inauguró la obra de la evangelización de la Iglesia. “Ella presidió con su oración el comienzo de la evangelización bajo el influjo del Espíritu Santo. Sea Ella la *estrella de la evangelización* siempre renovada que la Iglesia, dócil al mandato del Señor, debe promover y realizar, sobre todo en estos tiempos difíciles y llenos de esperanza” [EN 82].

- ¿Sería útil disponer de asociaciones supraparroquiales para de esta forma sumar fuerzas en tareas en las que se pide una especial capacitación? (Iniciación Cristiana de Adultos, Centros de Orientación Familiar, etc.)?
- ¿Cómo es la relación y articulación de las tareas entre las parroquias y los colegios? ¿Se suman o se dispersan las fuerzas?
- ¿Qué dificultades encuentran los llamados a comunicar la fe en los colegios? ¿Administraciones públicas? ¿Claustros de Profesores? ¿Asociaciones de Madres y Padres? ¿Alumnos?
- ¿Qué posibilidades reales de encuentro se da en los colegios y parroquias con quienes se han alejado de la fe según el esquema del “patio de los gentiles” propuestas por el Papa?

Conclusiones

El objetivo de un plan pastoral, además de reflexionar sobre un tema concreto es el extraer criterios prácticos que puedan aplicarse en la pastoral concreta de las parroquias y otras realidades eclesiales de la Diócesis. Por

eso es importante que al final de este plan recordemos las conclusiones de orden práctica que de él se derivan:

- La sociedad actual de nuestro contexto europeo occidental precisa de una verdadera pastoral de la Nueva Evangelización por lo que se deben desechar planteamientos pastorales puramente sacramentales o conservadores como si todavía perviviese la situación de cristiandad.
- En la relación con el mundo se le presentan a la Iglesia una serie de desafíos a todos los niveles que no se pueden obviar por lo que es muy importante un conocimiento de la doctrina del magisterio y una actitud de fidelidad que no genere confusión sino certezas a los creyentes.
- La Iglesia ha sufrido una serie de cambios tras el Concilio Vaticano II que favorecen la tarea de la Nueva Evangelización por lo que ha de evitarse la mera inercia en los planteamientos pastorales y menos la nostalgia hacia situaciones ya superadas.
- La Nueva Evangelización no consiste en la mera formación teórica o en la instrucción del catecismo, algo propio de la catequesis que es un momento posterior. Evangelizar consiste más bien en provocar o hacer posible el encuentro de cada ser humano con Cristo.
- La Iglesia posee los medios que posibilitan la evangelización a través de la escucha atenta de la Palabra, de una celebración digna y activa de los sacramentos, de una vida comunitaria verdaderamente fraterna y de la experiencia honda de oración que deberían de estar presentes en todas las parroquias y comunidades.
- Parte fundamental de la evangelización es la predicación de la salvación mediante el kerigma y la escucha atenta y la lectura sapiencial de la Palabra de Dios. Una forma muy provechosa personal o comunitaria de acercarse a ella es la llamada *lectio divina*,
- La evangelización ha de tener como fundamento, corazón y meta a Jesucristo y a su misterio pascual que es la razón última de la fe y de la salvación cristiana. Cualquier presentación, anuncio de la fe cristiana debe de tener a Cristo como primer y último referente.
- La misión evangelizadora de la Iglesia depende absolutamente de la verdad de la comunión eclesial. De aquí que una de las tareas más

urgentes de cara a la Nueva Evangelización sea la de profundizar en una verdadera espiritualidad de comunión eclesial a todos los niveles.

- La Nueva Evangelización es una tarea de toda la Iglesia que incluye a los creyentes individualmente y también comunitariamente. La familia, los centros educativos, las parroquias y las nuevas realidades eclesiales están llamadas a trabajar de manera coordinada para ser eficaces.

- ¿Cómo puede hacerse presente de misión de la Iglesia misionera en la vida cotidiana de la gente, cómo acercar el evangelio a quienes están más lejos de él?
- ¿Percibes un cierto cansancio o fatiga e incluso desánimo entre los cristianos con los que trabajas, entre los sacerdotes en ti mismo? ¿Cómo podría superarse esta situación?
- ¿En qué modo se puede ayudar a las familias para llevar a cabo su tarea evangelizadora? ¿Qué iniciativas te parecen posibles y útiles?